

para su socorro; llegaron éstas al fin, y la heroica joven, á pesar de redoblar su furia los ingleses, les abrió calle para penetrar en la ciudad.

Ya pasaba la cuarta fila de los soldados recién llegados, cuando los que la rodeaban, muertos de fatiga y cubiertos de heridas, se lanzaron tras sus compañeros y cerraron las puertas de la ciudad llevados por el afán de salvar sus vidas.

Juana, al verse sola, desamparada y cercada por todos lados, lanzó un doloroso gemido, y aun no había espirado en sus labios el eco de su voz recibió un golpe de hacha sobre el casco que la derribó del caballo.

—¡Eres prisionera del rey de Inglaterra! —gritó á su lado una voz sonora y varonil. —¡Atrás, soldados! ¡Nadie más que yo debe tocar á esa mujer!

Juana se volvió con el rostro lleno de lágrimas; tenía una herida en la frente, de la cual manaba abundante sangre; miró suplicante al que la había hablado y reconoció á Leonelo de Vendoma, oficial del cuerpo de Juana de Luxemburgo.

Leonelo, que era humano, la levantó del suelo casi exánime y la sostuvo en sus brazos; luégo, con una voz que penetró como un dardo en el corazón de la joven, gritó:

—¡Correos extraordinarios á todas las ciudades de Inglaterra y á las que aun nos pertenecen en Francia, noticiando la prisión de Juana d'Arc! ¡Que haya en todas partes luminarias y fiestas pú-

blicas! ¡Que salgan al instante dos capitanes ingleses y seis heraldos á llevar á Enrique V tan importante mensaje, y que se cante un solemne *Te Deum* en todas las iglesias católicas de Inglaterra, y en Nuestra Señora de París!

## XVI.

Francia, la Francia hoy rica, soberbia, espléndida y opulenta, pero que hemos visto pobre, humilde y abatida en los últimos años del reinado del demente Carlos VI, no estaba mejor después del sublime sacrificio de Juana d'Arc; tenía rey, es verdad; pero si esto era una ventaja, era también la única positiva que había alcanzado.

Es cierto que la espada de la heroína había conquistado algunas ciudades, ocupadas por los ambiciosos ingleses; pero, ¿qué le importaba á aquel pueblo, esquilado por tributos, hambriento y miserable, ser maltratado por los franceses ó por los vasallos de Enrique V de Inglaterra?

Francia sufría; Francia lloraba en tanto que su rey Carlos VII se entregaba á excesos sin cuento y en tanto que se preparaba un cadalso para la desdichada hija de Santiago d'Arc.

¿Habéis visto un rebaño de hambrientos lobos cebarse en una pobre ovejuela descarriada del re-

dil y abandonada del pastor? Si no lo habéis visto podéis figuraros al menos tan repugnante y lastimoso espectáculo.

Tal era el que presentaban los ingleses al conducir á Juana desde las puertas de Compiègne, desde donde fué apresada por Leonelo de Vendoma, hasta su propio campo.

No bien el valeroso capitán exhaló en gritos de triunfo y de victoria su alegría por el apresamiento de la infeliz Juana, hubo de separarse para atender á los diversos cuidados que en el ejército le rodeaban.

Pero llamó á sire Enrique de Hartley, su hermano de armas, y le encargó de la custodia de la prisionera.

Leonelo de Vendoma era dulce y humano; Enrique de Hartley duro y feroz; y sólo la imperiosa ley de los contrastes podía explicar el fraternal y tiernísimo cariño que unía á los dos capitanes.

Rara vez vemos unidas por una pasión fuerte ó por una simpatía profunda á dos personas entre las cuales exista una perfecta conformidad, ó una igualdad extrema; mas hay infinitos casos en que se podrían citar afecciones indestructibles entre dos seres del todo distintos.

Una de estas simpatías profundas, eternas, por decirlo así, pues los ligó hasta más allá del sepulcro, advirtió la Inglaterra en aquellos dos bravos defensores de su monarca niño Enrique V.

Sire de Vendoma era alto, esbelto, de tez trigueña y pálida, de ojos negros y rasgados, cuyo fuego estaba templado por una dulcísima expresión de sensibilidad.

Su frente, alta elevada, estaba guarnecida de lustrosos bucles negros; su boca tenía una sonrisa tan afectuosa y consoladora como la de una mujer, y su voz lenta y vibrante decía bien claro hasta qué punto dominaba el alma á la materia en aquel hermoso sér que, á la verdad, se había adelantado al hórrido vandalismo del siglo XV.

Sire de Hartley era pequeño, robusto y de color encendido.

Su frente estrecha, bajo la cual brillaban dos ojos verdosos y huraños, estaba cubierta de cabellos rojos y encrespados; su voz era áspera y fuerte, y sus ademanes violentos siempre y amenazadores.

En suma, Leonelo era el alma, grande, sublime, tierna y generosa.

Hartley era el cuerpo, duro, sufrido, dominante y avasallador; pero entre ambos formaban un hermoso sér lleno de todas las bellas cualidades con que la divina Providencia ha dotado al hombre.

El alma mandaba al cuerpo; y éste obedecía admirando á aquella con una especie de adoración.

A pesar de que la hazaña de coger viva á Juana d'Arc cubría á Leonelo de Vendoma de una gloria inmortal, Hartley no sintió por ello ni el

más leve movimiento de envidia; pero así que se alejó Leonelo dejando recomendada á la prisionera á su cuidado y vigilancia, se acercó á ella y la examinó con gran curiosidad.

Juana apenas podía tenerse en pie, y hubo de apoyarse en un árbol.

La pobre niña ya no lloraba: caía la sangre en largos hilos de su cabeza herida, pues su pañuelo, empapado en pocos minutos, no bastaba ya á contenerla y enjugarla.

El feroz Hartley examinaba complacido aquel hermoso rostro que, á través de nubes de sangre, se veía ir cubiéndose poco á poco con las sombras de la muerte.

—¡Oh, pobre madre que diste á luz á tu hija para que pereciese así!—exclamó un viejo soldado con voz cortada por los sollozos.—Y á pesar del temor que le infundía su sanguinario capitán, salió de las filas, sacó de su yelmo de hierro un deteriorado pañuelo y enjugó con él el pálido semblante de la doncella.

Juana besó con amorosa gratitud aquella mano arrugada por los años y las fatigas, y dejó en ella una lágrima y una gota de sangre.

Pero en el mismo instante una tremenda cuchillada hendió el brazo que sostenía aquella mano, y la sangre del viejo soldado se mezcló con la de la hija de los bosques.

—¡Hola, menguado!—gritó con formidable voz

Hartley.—¿Quién te ha enseñado á ser compasivo sin que yo te lo mande? ¡Atrás!

El veterano, acostumbrado á la disciplina, se hizo algunos pasos atrás sin replicar una sola palabra; pero dejó su pañuelo en las manos de Juana.

—¡En marcha!—exclamó Hartley.—Vendad con ese pañuelo y algunos más la cabeza de esa rebelde, porque se está desangrando y quiero entregarla viva á mi señora, Juana de Luxemburgo.

Los soldados se apresuraron á obedecer al capitán, y Juana fué vendada con más consideración de la que podía haber esperado.

—¡Messire, no puede andar!...—dijo uno al ver que la doncella sucumbía de fatiga y de debilidad.

—Que la hagan andar vuestras partesanas: golpe en ella y... ¡adelante!

La desgraciada joven oyó estas inhumanas palabras: el pudor de la mujer pudo más en ella que los dolores que la destrozaban: dió algunos pasos; pero no pudiendo sostenerse, extendió los brazos y cayó en tierra lanzando un largo gemido.

Sire de Hartley se aproximó á ella; tocó su frente y la encontró helada: levantó uno de sus brazos y le vió caer inerte.

—De aquí al castillo de Beaulieu hay cinco horas—pensó el caballero—y si me empeño en hacerla andar, llegaremos á media noche. ¡Hola!—gritó, dirigiéndose á los soldados.—Cortad algunas ra-

mas de árbol y formad con ellas y vuestras capas una camilla para conducir á la prisionera.

Los soldados obedecieron en silencio, y la doncella fué conducida así al castillo de Beaulieu.

Esta fortaleza, habitada dos años hacía por la princesa Juana de Luxemburgo, tía del rey de Inglaterra, era inexpugnable; elevábase en la falda de un monte y le guardaban por todos lados picos de roca: á su espalda rugía un torrente espumoso, y á través de sus troneras se veían cruzar los arqueros de la guardia con las ballestas montadas, y los hombres de armas con sus mazas al hombro.

Los subterráneos del castillo de Beaulieu servían ya de calabozo á algunos ilustres caballeros franceses. Juana de Luxemburgo, protestante acérrima, lo había cedido de buena gana para este fin, á causa de la seguridad que ofrecía.

La noche empezaba á tender sus negras sombras, cuando el capitán y sus soldados, conduciendo en medio el cuerpo inanimado de Juana, llegaron á la puerta del castillo. Ni el movimiento, ni la brisa algo fría de la tarde, habían sido bastantes á disipar el letargo mortal de Juana, y hubo un momento en que los soldados, creyéndola muerta, se habían hecho seña, sonriéndose tristemente.

Caía su pálida cabeza sobre uno de sus hombros; y, á pesar del vendaje improvisado con que habían ceñido su terrible herida, bajaba un hilo de sangre por cada uno de los rizos de sus negros cabellos,

goteando líquidos rubíes que se perdían entre el polvo del camino.

Uno de sus brazos, extendido á lo largo del cuerpo, permanecía inmóvil; y el otro colgaba fuera de la camilla, siguiendo todos los duros movimientos del paso desigual de los soldados.

La comitiva se detuvo enfrente de la ferrada puerta del castillo, y sire de Hartley tocó una trompa de marfil que llevaba pendiente de la cintura con una cadena de acero.

—¿Quién va?—gritó desde una de las troneras una voz áspera; y al mismo tiempo se vieron brillar en la sombría penumbra algunas partesanas.

—¡Ah de la guardia!—respondió sire de Hartley.—¡Abrid á un capitán de Enrique V de Inglaterra!

—¡Ah del enviado!—repuso otra voz fuerte, varonil y acostumbrada sin duda al acento del mando.—¡Responda su señoría á un capitán de la princesa Juana!

—Preguntad—respondió de Hartley con ostensible mal humor por todas aquellas dilaciones.

—¿Qué desea su señoría?

—¡Ira de Dios! ¡Que abráis!—rugió, más bien que contestó, el capitán.

—¡Enrique!—exclamó con gozo la voz del que antes había preguntado.

—¡Leonelo!—contestó Hartley reconociendo el acento de su amigo.

—¡Tú aquí, Enrique! Pero ¿qué deseas? Dilo desde ahí, porque no puedo abrirte.

—¡Cómo!...

—Imposible. La princesa Juana ha marchado ayer á París, y poco después de separarme de ti hallé á un expreso que iba á buscarme: respondo con mi cabeza de los prisioneros de guerra, y la consigna es no abrir á nadie sin una orden firmada de la princesa.

—¿Ni aun para recibir más prisioneros de guerra?

—Ni aun para eso: diez caballeros franceses acabo de enviar desde esta puerta á la fortaleza de Beaurevoir, á fin de que sean guardados allí.

—¡Dos días de camino!—gaturó Hartley.—¡Por cierto que esta miserable hereje no merece tanto!

—¡Ah! ¿Es la guerrera?—preguntó Leonelo con un acento en el que se descubría una conmiseración dolorosa y profunda.

Y adoptando al instante el lenguaje de su cargo, añadió con voz fuerte:

—Messire, según las órdenes de la princesa, mi señora, debéis conducir á vuestros prisioneros á la fortaleza de Beaurevoir.

El ruido acompasado de una armadura dió á conocer que el capitán se alejaba de las troneras de la torre.

—A la fortaleza de Beaurevoir—dijo sire de Hartley con visible mal humor.

Juana dejó escapar en aquel instante un débil suspiro, y los soldados, volviendo á tomar los extremos de la camilla que habían dejado en el suelo, se pusieron otra vez en marcha.

## XVII.

Trece días después, y á eso de las cuatro de la tarde, una escena desgarradora tenía lugar en la prisión de Juana d'Arc, situada en una torre alta y estrecha del antiquísimo y sombrío castillo de Beaurevoir.

Era un aposento que apenas tendría diez pies cuadrados, y cuyas paredes contarían por lo menos uno de espesor.

Alumbrábalo una ventana abierta en el muro y bastante baja: esta ventana no tenía para cerrarla más que una red de alambre guarnecida de un marco de encina, y que se abría hacia dentro, pues á causa del carácter dulce y casi angélico de Juana, no se había juzgado necesario cerrar con hierros.

No obstante ser aún temprano, una lámpara de hierro estaba ya encendida: esta lámpara pendía del techo por medio de una larga cadena, y alumbraba débilmente el aposento.

Una cama miserable, dos banquillos de madera

ennegrecidos por el tiempo, y un cántaro de barro lleno de agua, componían todo el mueblaje de aquel triste recinto.

Sentada en uno de los banquillos se hallaba Juana; sobre el otro, situado junto á ella, se veía una copa de barro con agua.

El semblante descolorido y desfigurado de la joven decía claro cuánto había padecido su cuerpo durante aquellos trece días. Aun llevaba vendada la cabeza, y aunque no tenía grillos ni esposas, su propia debilidad la sujetaba á una inmovilidad casi completa.

Hacia algún tiempo que parecía dormitar, cuando un sordo ruido que se oyó en la puerta le hizo levantar con sobresalto la cabeza.

Vióla entreabrirse y asomar á ella los rostros ennegrecidos de algunos soldados de su guardia, y se puso á temblar.

—¡Hola, hola! ¿Se duerme?—dijo uno entrando atrevidamente.

Juana se levantó y se retiró hacia la pared, como una pobre gacela acosada por los cazadores.

—¡Cáspita! ¡mozuela, no eras tan asustadiza cuando matabas á diestro y siniestro!—dijo otro de los soldados entrando en la prisión.

—¡Señores, idos!—exclamó la doncella sobreco-gida de terror.—¡No queráis, por Dios, repetir la horrible escena de ayer!

—¡Sobre que hoy no nos vamos sin un abrazo ca-

da uno!—dijo el guardián, poniendô su mano sobre el hombro de la joven.

—Sí, sí! ¡Un abrazo á cada uno!—gritaron en coro los demás.

—Ayer nos fuimos porque oímos los pasos del gobernador.

—¡Oh, pero hoy no vendrá!

—¡Qué ha de venir! ¡Está dando un convite para celebrar la prisión de esta buena pieza!

—¡Y á nosotros también nos ha tocado nuestra parte. Hemos cenado bien, y ahora sólo nos falta que esta niña...

—¡Miserables! ¡Estáis embriagados todos!—gritó la desdichada, retorciéndose las manos y dejando escapar de sus ojos lágrimas de desesperación.

No pudo decir más: miró en derredor suyo, atónita, desolada: de su pecho se escapaba la respiración como un gemido. ¡Estaba sola... sola, á merced de aquella soldadesca sin freno!...

—¡Sí, mira, mira!—dijo con una brutal carcajada uno de los soldados.—No hay nadie, no vendrá nadie; tenemos permiso... para hacerte compañía...

—¡Oh, Dios mío!—exclamó la pobre niña, dejándose caer de nuevo sobre su asiento.—¡Oh, Dios mío! ¿Qué será de mí?

—Vaya, vaya; sé más humana, ¿Te parece que no debes agradecernos el que te paguemos con abrazos la muerte que has dado á nuestros compañeros?

—¡Oh, perdón, perdón!—exclamó Juana, cayendo á los pies de aquellos hombres.—¡Perdón! ¡Sed generosos! ¡Yo obraba impulsada por una voluntad más fuerte que yo! ¡Dios me mandaba haceros la guerra! ¡Perdón!

—¡Ea, en pie!—gritó brutalmente uno de ellos, levantándola por los hombros.—En pie, y basta de lágrimas: te haremos compañía hasta la aurora.

—¡En nombre de vuestras madres, tened compasión de mí!

El rudo abrazo de uno de los soldados apagó la voz en los labios de la joven. Aquel villano había pasado por detrás de Juana, y ciñó con sus nervudos brazos su delicado talle.

La desdichada dió un grito penetrante, al mismo tiempo que los soldados prorrumpían en risas y exclamaciones de gozo; pero, como iluminada por una idea feliz, se desasíó con una fuerza sobrehumana, corrió á la ventana entreabierta, la abrió del todo, y se arrojó por ella.

Había sido todo esto ejecutado con tanta rapidez, que los soldados, entorpecidos con la bebida, no pudieron evitarlo, y, al verla desaparecer, sólo un grito de espanto se escapó de todos aquellos pechos endurecidos.

Huyóse la embriaguez de todos los cerebros, y cada cual comprendió la pena á que se había hecho acreedor dejando escapar á la prisionera: era la pena de muerte.

Lanzáronse como un desbordado torbellino á la puerta, y sin dar la voz de alarma, corrieron al camino donde sólo pensaban hallar el cadáver mutilado de Juana.

Esta respiraba, y ni aun le había abandonado el conocimiento.

Los soldados al verla viva, lanzaron un grito de alegría, y algunos de ellos corrieron á avisar al gobernador, quien dejó la mesa apresuradamente y se dirigió con todos sus comensales al lugar de la catástrofe.

—¡Cuando digo yo que es bruja!—exclamó al verla con los ojos abiertos y el semblante tranquilo, á pesar de los crueles dolores que sufría.

—No hay duda que lo es—repuso con gran propoqpeya uno de los señores ingleses;—pero la fortuna es que pronto dará cuenta la hoguera de su embrujado cuerpo.

—Hasta tanto, yo la compondré—añadió el gobernador.—¡Hola! Ahora mismo atadla sobre una mula y llevadla al castillo de Crotoy. Vos, messire de Hartley, la custodiaréis con vuestra compañía de arqueros; la pondréis en el más húmedo y profundo calabozo, y la cargaréis de grillos y esposas. Señores, á la mesa, y que mi copero nos escancie el comfortable Rhin, para olvidar tan desagradable interrupción.

Juana fué levantada del suelo por los mismos que poco antes querían ultrajarla tan villanamente.